

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL SEÑOR JUAN DE DIOS VIAL CORREA,
RECTOR PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE EN EL FUNERAL
DE DON JULIO PHILIPPI.
Marzo 31 de 1997.

En nombre de mi universidad, y a pedido de algunos que mucho lo quisieron, vengo a despedir a este servidor ilustre de nuestra casa, su Doctor Honoris Causa, profesor, miembro de sus cuerpos directivos, Prosecretario General, amigo fiel de siempre, consejero infaltable y digno heredero de la ilustre serie de varones que con su talento, su abnegación y sacrificio edificaron nuestra obra universitaria para el bien de la Iglesia y de la Patria.

Julio Philippi nos deja el recuerdo de una riqueza humana excepcional. Fue capaz de amar las cosas más diversas, hombre de acción y de pasión, vehemente y sanguíneo tanto como dulce y amistoso, ajeno a toda molicie y complacencia, igualmente dispuesto para los espacios más abiertos y para el encerrado silencio de un estudio.

Amó la justicia. Fue un hombre de Derecho, sumergido en la práctica jurídica y penetrado de la importancia que tiene el derecho como objeto propio de la virtud de la justicia. Por eso lo enseñó, fue profesor ilustre de nuestra Facultad, y sabio guía de los muchos que a lo largo de su vida quisieron aprender de sus lecciones.

Fue un hombre de Estado, con sentido de oportunidad y comprensión de lo complejo de la realidad política, compenetrado del hábito superior de la prudencia. En su vida pública no se dejó seducir por ninguna vanidad, sino que fue movido por una disponibilidad radical para lo justo y por un empuje vital inagotable. Nadie conoció como él la realidad de nuestros problemas de límites. Pero como señal elocuente de su forma de actuar y de vivir hay que acordarse de que no los conoció sólo por la historia o por los documentos o por la cartografía, cosas que sin embargo dominaba, sino por la experiencia personal, por el recorrido de las más ásperas sierras de nuestra cordillera y de los más turbulentos canales de nuestro mar austral. Esa ruda geografía era como otro libro, que él amaba, leía y estudiaba.

Tuvo un amor apasionado a la Naturaleza, tuvo por ella una pasión de enamorado y de estudioso. Había algo de hondamente reflexivo en la manera cómo se compenetraba de sus accidentes geográficos, de su estructura geológica, de la fisonomía de un trozo de piedra o de un fósil hallado en la alta cordillera. Trasuntaba la intuición de la unidad que prevalece en las cosas naturales, esa intuición que desde Goethe y Humboldt animó a los grandes naturalistas alemanes de los que era como un heredero espiritual.

En la antropología, en las huellas de pueblos desaparecidos, o en las manifestaciones de culturas sumergidas, percibía la riqueza de la humanidad y encontraba la misma huella del Creador que siguió Martín Gusinde al rescatar la profunda sabiduría y dignidad de los pueblos más atrasados de la tierra.

Uno sentía junto a él que estaba deslumbrado por la vitalidad y la belleza de todas las cosas. y tal vez por eso fue que amó el pensamiento de Tomás de Aquino, con su austera pasión por lo concreto del ser, por la unidad y la verdad que percibía en todo, desde las cosas de la naturaleza hasta las estructuras del derecho, por la bondad y la belleza que resplandecen por doquier como el manto viviente de Dios.

En estos tiempos de tanta incertidumbre social, hay que acordarse de la manera cómo él y su mujer modelaron y construyeron la obra maravillosa de una familia cristiana, escuela formadora de personas, donde se aprende que la más espléndida libertad se encuentra precisamente en la entrega mutua y el amor. Un hombre así, estaba llamado a ser maestro, a acercarse, animado por su pasión amable y cordial, a la juventud. Rodeado por la hermosura luminosa de su familia, quería sin embargo ir más allá y gustaba de juntarse con los jóvenes y de procurarles ocasiones de aprender y crecer en el espíritu.

Por lo mismo que era prudente, a pesar de ser cordial y hospitalario, no era ningún ingenuo. En lo más medular de la existencia, no se dejaba engañar. Sabía que nuestra vida en la tierra es un combate y no se distraía en escaramuzas secundarias: él conocía el nombre del Enemigo y sabía usar con él las armas de la luz.

Lo que más admiraba al conocerlo era que una personalidad tan rica y desbordante, se mantuviera siempre humilde en una profunda unidad. Pero es que cualquiera fuera la circunstancia o el asunto, él tenía presentes las últimas opciones que fueron las que le importaron y las que veía reflejadas en el fulgor de la naturaleza y en la maravilla de la compañía humana. No perdió el Norte, y entre tanta variedad como conoció y amó, no perdió nunca de vista el lugar donde se hallan las verdaderas alegrías. Nos pasa ahora con él lo que parecen obrar algunas almas privilegiadas y es que en nosotros su recuerdo se transmuta en oración.

La razón de su profunda rectitud es que sabía que el Señor lo había llamado por su nombre. Ese llamado, repetido tantas veces en la larga experiencia de una vida cristiana, fue el que escuchó dos noches atrás cuando la misa de gloria hacía resplandecer todos los templos de la tierra, cuando la iglesia cantaba a la noche verdaderamente feliz que reconcilió a los cielos con la tierra, y que unió a Dios con los hombres. En esa vigilia de todas las vigiliass, en la intimidad de la iglesia doméstica que es el hogar familiar, ese hombre que creyó ardientemente en la Resurrección fue llamado a un nuevo amanecer, iluminado por el lucero que ya no tiene ocaso.

Como todas las grandes vidas, la suya nos deja una lección y un encargo: nos dice a todos que se puede vivir intensamente en la más radical fidelidad a Dios y a los hombres, a la Iglesia, a la familia y a la Patria.